

Francisco Cortés Rodas y Alfonso Monsalve Solórzano (Editores)

Liberalismo y comunitarismo: derechos humanos y democracia

Valencia, Edicions Alfons el Magnànim - Colciencias, 1996

El libro presenta las ponencias expuestas en un simposio internacional que fue organizado en 1995 por el Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia y que contó con la colaboración financiera de Colciencias. En él se aborda, desde varias perspectivas, el debate que hace cerca de veinte años ha suscitado el enfrentamiento entre liberales y comunitaristas y que sólo ha tenido eco en el mundo académico colombiano recientemente.

El debate de proyecciones insospechadas, convoca el interés no sólo de los filósofos sino también el de sociólogos, politólogos, antropólogos y juristas; y no es extraño encontrar, en los discursos de los dirigentes de las organizaciones no gubernamentales -definidos más por la práctica que por la reflexión teórica-, ecos de ese debate a partir de los cuales buscan fundamentar estrategias organizativas y de acción pública.

El punto de encuentro de tantos y tan variados intereses intelectuales y pragmáticos, tiene que ver, a mi juicio, con una feliz coincidencia: el retorno de la ética tanto a los primeros planos de la reflexión filosófica como al horizonte del quehacer político. En el caso colombiano, este retorno de la ética aparece en el contexto creado por los efectos desintegradores sobre el tejido social, producido por la combinación de múltiples violencias que terminaron por desligarse de sus supuestas causas creando ámbitos particulares para su reproducción y ampliación.

Aquí quiero referirme al retorno de la ética al quehacer político, porque desde allí es posible mostrar el interés que un libro de filosofía como éste, tiene para otras

LIBROS

disciplinas de las ciencias sociales y para todos aquellos interesados en propiciar formas de acción política y ciudadana que superen la actual situación de violencia generalizada en el país. En este sentido, me propongo destacar tres momentos claves de este retorno

El primer momento se da en la segunda mitad del decenio del ochenta, cuando Francisco de Roux sorprendió a la opinión nacional con un artículo en el que proponía una nueva mirada sobre la crisis colombiana, dejando atrás argumentos explicativos tradicionales de las causas directas o indirectas de la violencia como la pobreza, el desempleo, los problemas del campo y las ciudades. Señalaba de Roux el vacío ético y la pérdida de referentes colectivos y planteaba la construcción de una ética pública y laica, sin tradición entre nosotros, que permitiera la comprensión de los nuevos fenómenos socioculturales de la modernidad y, a la vez, encontrara alternativas para la convivencia y la tolerancia entre individuos y agrupaciones que no compartían iguales ideales de vida buena y de perspectivas morales. Este artículo, ampliamente divulgado, discutido y criticado, abrió el espacio a la pregunta por el papel de la ética en la acción pública y también sobre las formas de vida buena por fuera de los cánones dogmáticos de la religión Católica.

El segundo momento, propiciado de manera indirecta por la discusión iniciada con los planteamientos de Francisco de Roux, se da con los debates, las mesas de trabajo, los pronunciamientos y las discusiones que se desarrollaron en el país y cuya culminación fue la Asamblea Nacional Constituyente; ésta tuvo a su cargo la elaboración de la Constitución de 1991, que introdujo políticas de inclusión y de reconocimiento, y ha sido la carta más plural y representativa en la historia constitucional del país.

En estas discusiones se plantearon, por primera vez, los temas del multiculturalismo y la pluriétnicidad, ejes centrales en el debate entre comunitaristas y liberales. Así mismo, se impugnó, desde muchos frentes, "ese liberalismo ciego a las diferencias" que había hecho de la representación política una caricatura, y se volvió por los fueros de la democracia local, las comunidades de base, los movimientos sociales y las divisas cívicas en el ámbito de lo electoral.

Este nuevo clima cultural, difundido desde las preocupaciones por los asuntos de la ética, desató preguntas pertinentes sobre el contenido de nociones de clara raigambre liberal como ciudadanía, espacio público, sociedad civil y pacto social. Desde ese momento tales nociones volvieron a hacer parte de los debates en las diferentes disciplinas de las ciencias sociales, pero también de los discursos políticos de líderes populares y cívicos sin formación académica alguna pero con una gran capacidad de movilización política.

Palabras míticas, casi mágicas, que sirvieron de referentes colectivos a nuevos movimientos políticos por la democracia y que dejaron en la ciudad de Medellín la suscripción de pactos sociales entre vecinos y pobladores que se sentían *refundando* el orden social y político de sus barrios y comunas.

A las ciencias sociales, a su vez, se les demandaba, urgentemente, respuestas a preguntas suscitadas por el debate constitucional alrededor de temas como los de la unidad nacional, las etnicidades, las identidades y la nueva cultura política. Estas demandas múltiples se daban de manera simultánea con un giro significativo en los paradigmas tradicionales de las disciplinas sociales; los enfoques estructurales fueron desplazados por el retorno del sujeto, las metodologías cuantitativas por las cualitativas, se introdujeron los primeros elementos del pensamiento complejo y se puso en duda la racionalidad, el número y la universalidad como principios explicativos de la vida social, coincidiendo, de alguna manera, con las críticas que desde la filosofía le lanzaban los comunitaristas a los liberales.

Autores como A. Giddens, D. Bell y E. Morin, arremetían contra los efectos perversos de la modernidad y contra las promesas incumplidas de la ilustración, lo que, unido a las nuevas preguntas formuladas desde la política activa, cumplió la tarea de acercar las ciencias sociales al debate entre liberales y comunitaristas, aparentemente ajeno a su quehacer académico.

El tercer momento, en ese proceso que he denominado el retorno de la ética, se da en el decenio de 1990. Este momento se caracteriza, a mi juicio, por el inicio de un diálogo fecundo entre la filosofía y la ciencia política, roto en algún lugar del tiempo y cruzado por hostilidades mutuas. Se caracteriza también por un proceso político y ético cultural no muy visible pero de gran importancia, a través del cual una multitud de movimientos y de organizaciones sociales han hecho suya la

LIBROS

Constitución de 1991. Desde entonces se ha luchado por el reconocimiento a la diferencia pero también por los derechos de inclusión (sociales, económicos, de género) y por dimensiones universales en el campo de los derechos humanos y ambientales.

El impacto social y político generado por el retorno de la ética demuestra que el debate entre comunitarios y liberales no es un *divertimento* académico o un prurito para estar a la moda europea. Este debate se ha constituido en un eje central para la clarificación conceptual y política entre diversos actores de la sociedad colombiana, de ahí la importancia y la pertinencia de este libro.

María Teresa Uribe de Hincapié

*Profesora e investigadora del Instituto de Estudios Políticos
Universidad de Antioquia*